



UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA
FACULTAD DE PSICOLOGÍA
TRABAJO FINAL DE GRADO

Paternidades adolescentes

Estudiante: Nicole González Cabrera - 4866711-1

Tutora: Asist. Mag. Paola Silva

Revisora: Asist. Mag. Liliana Suárez

Montevideo, Octubre de 2019

Agradecimientos:

Agradezco a mis padres por siempre apoyarme e impulsarme a continuar,
a mi pareja por acompañarme a cada paso dado
y a mi tutora por guiarme en este último tramo de la carrera.

ÍNDICE

Resumen	pág. 3
Introducción	pág. 4
I. Aportes Teóricos	
I.1. Desarrollo humano: un derecho a promover.	pág. 6
I.2. Acerca de visibilización del embarazo adolescente: avances y desafíos.	pág. 8
I.3. Características evolutivas de la adolescencia.	pág.10
I.4. Adolescencias y masculinidades.	pág.13
I.5. Desafíos de las Paternidades adolescentes.	pág.16
I.6. Hacia la corresponsabilidad en los cuidados de niños/as.	pág.20
I.7. Importancia del involucramiento paterno en la crianza de niños/as.	pág.21
I.8. Aportes de la Psicología en el abordaje de las paternidades adolescentes.	pág.24
II. Reflexiones finales	pág.26
Referencia Bibliográfica	pág.27

RESUMEN

El presente Trabajo Final de Grado es de carácter obligatorio y corresponde al Ciclo de Graduación del Plan 2013 de la Licenciatura en Psicología (UdelaR); realizado en el marco de un proceso de aprendizaje orientado por la docente Paola Silva.

El mismo supone la construcción de una monografía que se focaliza en la paternidad adolescente, identificando los diversos sistemas que transversalizan su conformación, tomando como enfoque de abordaje los planteos de Bronfenbrenner (1987).

Desde allí, se destaca la importancia de comprender el proceso desde la multidimensionalidad que lo conforma, a partir de los diferentes sistemas que constituyen los vínculos y el entorno; la familia, el grupo de iguales, el contexto social, sanitario y político, resaltando la perspectiva individual del sujeto.

En términos generales, el trabajo pretende contribuir al reconocimiento de la realidad por la que transitan algunos jóvenes varones adolescentes, desde una mirada integral y global para continuar pensando posibles lineamientos de abordaje psicológico y social que contribuyan a la prevención del fenómeno, así como al acompañamiento de forma equitativa de mujeres y varones que transitan tal situación.

PALABRAS CLAVES: Paternidades - Adolescentes – Crianza.

INTRODUCCIÓN

El presente trabajo de carácter monográfico es una producción académica que se enmarca en la etapa final de la formación en la Licenciatura en Psicología de la Universidad de la República. El mismo consta del objetivo de conocer cómo se construye y desarrolla el proceso de la paternidad en la adolescencia, centrándose en los varones.

El enfoque del trabajo está puesto en la influencia e interrelación de los vínculos que se establecen entre los distintos sistemas (en los cuales se encuentra integrado el adolescente) y el joven, además de la perspectiva de género presente en la cultura durante el desarrollo del varón.

Los estudios sobre género permiten comprender las representaciones existente en la sociedad de la paternidad y cómo estas se interrelacionan, a la vez que son constituidas por los estereotipos presentes sobre los adolescentes y las diferencias realizadas según el sexo con respecto a los roles de hombres y mujeres que existen en la cultura.

A lo largo de la historia los cambios en las sociedades han repercutido en las familias y roles que desempeñan cada integrante; las construcciones de maternidad y paternidad se han ido modificando, en tanto que la concepción de padre se encuentra en transición entre ser quien se encarga económicamente del hogar a integrarse y participar en la crianza de sus hijos. Cada vez son más las políticas que promueven y acompañan estas transformaciones desde una perspectiva de género.

Cada adolescente transita por el proceso de desarrollo y construcción de la paternidad de manera personal; influenciado por el contexto social, económico y demográfico, además del conjunto de experiencias vividas por el joven, los vínculos familiares y sociales. En las relaciones que el adolescente establece con su entorno se transmite e intercambia concepciones y mandatos sociales sobre género (feminidad y masculinidad) repercutiendo en las subjetividades individuales de los sujetos.

La temática se aborda desde la multidimensionalidad que la conforman, para ello el trabajo se divide en apartados, cada uno de ellos enfocado en diversos elementos que participan en la construcción de la paternidad, siendo iniciado por un marco político-institucional cuyas acciones buscan mejorar el desarrollo personal y social de los jóvenes. Las mismas

traducen una perspectiva focalizada en la atención sanitaria de las adolescentes mujeres y el binomio madre-hijo/a, evidenciándose escasa focalización en el padre adolescente.

Posteriormente, se avanza en las características evolutivas de la etapa, siendo una dimensión de relevancia que complementa la construcción de una mirada dinámica, relacional y contextual de la temática. Las representaciones de la masculinidad en la adolescencia y las relaciones de género, surgen en el marco del vínculo del sujeto con su entorno, encontrándose cambios que marcan una transición en lo que hace al involucramiento de los varones en la crianza de los niños.

En este sentido, se considera relevante pensar en los posibles aportes de la psicología a la temática, pensando en la dimensionalidad influyente en los procesos de los sujetos, donde cobra centralidad propiciar formas de acompañamiento a las vivencias y transformaciones por las que atraviesa, a modo de contribuir a un proyecto de vida adolescente.

I. APORTES TEÓRICO

I.1. Desarrollo humano: un derecho a promover

Los planteos de Bronfenbrenner constituye en la actualidad una de las teorías legitimadas en el marco de la Psicología para comprender el desarrollo humano, en tanto su enfoque interactivo, integral y ecológico permite analizar la mutua influencia sujeto-ambiente, tendiente a pensar un sujeto situado.

Bronfenbrenner define el desarrollo como “un cambio perdurable en el modo en que una persona percibe su ambiente y se relaciona con él” (1987, p. 23). Asimismo, considera que el desarrollo debe ser concebido como una estructura de sistemas organizados en forma concéntrica, estando unos contenidos en otros, a modo de muñecas rusas. Las relaciones que se establecen entre estos sistemas es bidireccional y recíproca, es decir, se co-construyen mutuamente, en tanto ambos participan activamente y se transforman. Los diferentes sistemas propuestos por el autor son denominados: *microsistemas*, *mesosistemas*, *exosistema* y *macrosistema* (Bronfenbrenner, 1987). (Ver imagen 1)

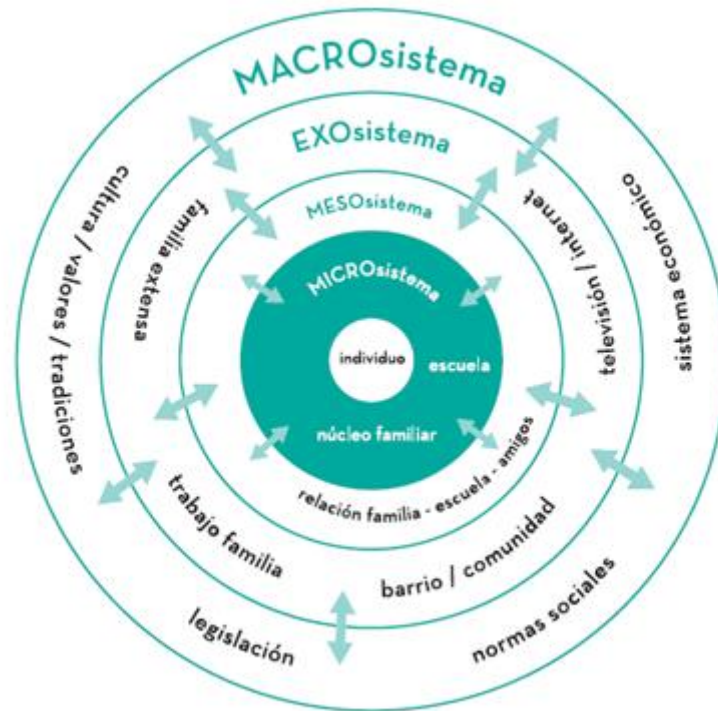
El *microsistema* es el sistema más inmediato y próximo al individuo, en el cual se producen interacciones personales cercanas, es decir, el individuo participa de forma directa. Ejemplos de este sistema son la familia, los pares y el liceo.

El *mesosistema* comprende la relación entre dos o más sistemas en el cual el individuo participa de forma activa, es decir, el vínculo entre dos microsistemas. Como por ejemplo la relación que se establece entre las familias y el liceo.

El *exosistema* comprende uno o más sistemas que no incluyen al individuo en desarrollo de forma activa, pero los hechos que ocurren en esos sistemas lo afectan de forma indirecta. Algunos ejemplos de este sistema son el trabajo de los padres o el Consejo escolar.

El *macrosistema* es el sistema más grande y alejado del individuo, por lo tanto no lo afecta directamente. La afectación puede producirse de forma transversal a los sistemas de menor orden independientemente del entorno inmediato en el que el individuo interactúa. Ejemplos de este sistema son la cultura, los valores y las leyes.

Imagen 1. Modelo ecológico del desarrollo humano



Fuente: Salinas, et. al. (2015). Acompañando procesos: la iniciación educativa en la Primera Infancia. Revista Didáctica.

Por lo tanto, para la teoría ecológica es relevante la interacción del individuo con los ambientes en los cuales participa, a la vez de cómo estos interactúan entre sí; siendo un sujeto activo y participativo de su propio proceso de desarrollo, con capacidad de transformarse en el marco de las relaciones con otros, a la vez de transformar su entorno a partir de sus acciones, intereses y necesidades.

Tal enfoque permite visibilizar la temática elegida desde una perspectiva integral, donde la paternidad del varón adolescente es una construcción que supone la dimensión singular del proceso evolutivo, en interacción con el medio familiar en el que crece y la comunidad en la que se encuentran insertos, donde otros actores sociales tiene incidencia (centro educativo, servicios de salud, deportes, entre otros), quienes en muchas situaciones operacionalizan en lo cotidiano creencias, costumbres y/o políticas públicas dirigidas a la atención de los adolescentes.

I.2. Acerca de visibilización del embarazo adolescente: avances y desafíos

Desde hace unos años, Uruguay vivencia un período de transición demográfica, que marca un menor crecimiento poblacional, con una mayor esperanza de vida, presentándose en niveles socioeconómico bajos, mayores tasas de embarazos tanto en mujeres adultas como en adolescentes, así como una tendencia mayor de morbilidad sumado al acceso diferencial a los servicios de salud, cuidado y de educación (ENIA, 2008).

En este sentido, en contexto de vulnerabilidad social, el Estado asume un rol clave orientado a desarrollar estrategias y políticas públicas tendientes a promover mejoras en las condiciones de vida, la inclusión e igualdad de las personas. Desde allí, se asumen compromisos internacionales referidos a la promoción y empoderamiento de derechos humanos, propiciando planes y acciones dirigidos a la infancia y adolescencia, donde toman relevancia diversas iniciativas vinculadas a la salud sexual y reproductiva (MIDES, 2016; MSP, 2017).

Particularmente en lo que a adolescencia refiere, el enfoque del Estado está puesto en fomentar la inclusión educativa, a modo de revertir los bajos niveles de egreso de secundaria, así como profundizar acciones que propicien una disminución de las tasas de embarazo adolescente aún existentes a nivel país. Así, en 2016 se creó el *Plan Nacional de Primera Infancia, Infancia y Adolescencia* para el período 2016-2020, que en un enclave de derechos y de género, busca aunar esfuerzos interinstitucionales, como forma de implementar lineamientos y protocolos sintónicos que orienten a acciones concretas con respecto a la protección integral (salud, reproducción, trayectorias educativas, violencia y vulnerabilidad) de niños, niñas y adolescentes (MIDES, 2016).

En relación al embarazo adolescente, se evidencian acciones desde ASSE (2017) orientadas a la utilización de un *Protocolo de Prevención y Atención integral del embarazo*, permitiendo diferenciar dos situaciones que surgen, a) el embarazo producido de forma no planificada y b) el embarazo por elección, a modo de propiciar intervenciones más eficaces y eficientes para los jóvenes.

Desde el área de la salud el embarazo es planteado como un problema que requiere un abordaje integral, intersectorial y multidisciplinario, con una perspectiva de igualdad de género, derechos y diversidad, cuestionando los mandatos sociales sobre ser hombre, ser mujer y los atravesamientos a las subjetividades de los jóvenes (ASSE, 2017; MSP, 2017).

En el marco del *Plan Nacional*, anteriormente mencionado, se describe el enfoque de género como una construcción social e histórica, que a nivel de la sociedad tradicional se ha establecido una división binaria de los géneros; ligado a una división de roles con tendencias donde los varones se asocian al ámbito público y las mujeres al interior del ámbito privado, doméstico y de cuidado de familiares en situación de dependencia. Estas concepciones han sido naturalizadas e interiorizadas en el marco de los procesos de socialización con las personas y objetos del entorno, influyendo en la construcción y desarrollo de los niños, niñas y jóvenes (MIDES, 2016).

Desde allí, se destaca la existencia de un estereotipo dominante en relación a la responsabilidad masculina como figura procreadora y proveedora del sustento económico para el orden familiar, transversalizando las construcciones de las masculinidades con cierta tendencia de alejamiento de las acciones concretas del cuidado infantil.

A lo largo de estos años, se visibilizan con mayor fuerza discursos y perspectivas que cuestionan y problematizan las realidades familiares en tiempos posmodernos, que exigen la búsqueda de acciones complementarias entre varones y mujeres que trascienden la división de roles entre hombres y mujeres respecto de la crianza de los hijos/as.

Avanzar hacia una crianza compartida y centrada en la cooperación requiere de un posicionamiento parental enfocado en la corresponsabilidad y valoración de la importancia del involucramiento de mujeres y varones, en el entendido que ambos se constituyen en potenciales figuras promotoras del desarrollo infantil.

Tal construcción es de relevancia, encontrando fundamento en lineamientos políticos-institucionales creados en el marco de una priorización país de los cuidados como derecho a garantizar para las personas en relación de dependencia, siendo la Primera Infancia una de las franjas etarias privilegiadas. De allí, la Ley de Creación del Sistema Nacional de Cuidados (2015), establece la relevancia de una corresponsabilidad familia-comunidad-Estado-mercado; siendo la ampliación licencias parentales (maternales/paternales) una búsqueda de “fortalecer el vínculo de los varones con sus hijos e hijas, en el enclave de la corresponsabilidad en el cuidado” (Batthyány, Genta y Perrotta, 2015, p.20).

Si bien las propuestas que se plantean a través de las políticas públicas, los Planes y Estrategias buscan mejorar el desarrollo personal y social de los jóvenes adolescentes, la

perspectiva con la cual se elaboran produce un sesgo en relación a los varones adolescentes, puesto que son planteadas desde enfoques centrados en las adolescentes, siendo necesario incorporar acciones que integren a los varones como parte de la priorización y estrategias a desarrollar.

Actualmente en Uruguay el abordaje del embarazo y en especial en el caso de los adolescentes, se desdibuja el lugar y responsabilidad del padre varón, en tanto mayoritariamente es la madre quien permanece vinculada al bebé, siendo quién asume la responsabilidad de su supervivencia y cuidados, existiendo poca evidencia en torno al acceso, seguimiento y monitoreo de los jóvenes padres.

Sumado a este marco, la *Estrategia Nacional para la Infancia y la Adolescencia 2010-2030* rescata la importancia de “incorporar propuestas específicamente dirigidas a los adolescentes, quienes atraviesan una fase crucial del ciclo de vida por la definición de elecciones vitales y que ha recibido históricamente insuficiente atención” (ENIA, 2008, p.44), sobretodo con respecto a las relaciones sexuales y la reproducción, a nivel político los planes desarrollados destacan que sería beneficioso abordar también a la población masculina aunque actualmente la prioridad está puesto en las jóvenes madres.

Los diversos e intensos esfuerzos por la disminución del fenómeno embarazo adolescentes, han producido en los últimos años un descenso en la línea de embarazos no planificados, en la medida que las políticas sociales y de salud implementadas reportan efectividad en su prevención (MSP, 2017; ASSE, 2017).

I.3. Características evolutivas de la adolescencia

La adolescencia refiere a un momento evolutivo complejo, dinámico y vulnerable por el que el sujeto transita, siendo el período de transición entre la niñez y la adultez que incluye cambios importantes, tanto en el cuerpo como en la forma en que se relaciona con el mundo.

La cantidad de cambios físicos, sexuales, cognitivos, sociales y emocionales que ocurren en esta época generan expectativas y ansiedades en los adolescentes como en las familias, entendiendo que el conocimiento acerca de las características de la etapa contribuye a favorecer el acompañamiento que requiere tal transición.

En el marco de una perspectiva integral del desarrollo, se entiende necesario considerar su abordaje desde la multidimensionalidad que lo integra, a decir, biológica, psicológica, emocional, motriz, lingüística y social, en tanto que se van modificando en su singularidad en función del entorno cultural en el que el adolescente crece y desarrolla.

Desde una mirada histórica, entre finales del siglo XIX y principio del XX, el término adolescencia ha sido introducido por Standley en 1904 (Connell, 2003), como una etapa del desarrollo humano caracterizado por una movilización interna que lleva al sujeto a su reafirmación identitaria.

Viñar (2009) evidencia la existencia de una pluralidad de *adolescencias*, en tanto se producen en contextos culturales y sociales diversos que influyen en sus construcciones; siendo un proceso de transformación y transición caracterizado por avances, retrocesos, logros y renunciaciones.

Por su parte Espinosa (2004) entiende al periodo de la adolescencia como una “simultaneidad de funcionamientos infantiles y adultos en su mundo interno, presentándose un gradiente según la edad del adolescente” (p.60), donde en su inicio prevalece un funcionamiento más infantil, que a medida transcurre el tiempo va adquiriendo comportamientos más propio de los jóvenes y adultos, siendo un tiempo donde puede verse dificultada la comprensión y diálogo intergeneracional, visualizándola por momento como una *etapa conflictiva*.

La transitoriedad de la etapa supone varios cambios para los jóvenes como para su ambiente más próximo, donde los modelos vinculares interiorizados se ponen en juego y progresivamente van permitiendo una autonomía, manejo y regulación de las emociones que transversalizan la etapa, requiriendo de adultos disponibles y confiables, con habilidades para contener las potenciales situaciones de estrés vividas por los adolescentes (miedos, autoestima, vínculos y consumo problemático de sustancias) (Oliva, 2011).

Para la Organización Mundial de la Salud (OMS, 1990) la adolescencia es el periodo que va desde los 10 a los 20 años, considerando los procesos de desarrollo madurativo, la madurez sexual y reproductiva, siendo una categoría evolutiva con derechos y características propias, atravesada y afectada por los procesos psicosociales (Amorín, 2008).

Amorín (2008) y Girard, Raffa y colaboradores (2001) dividen la adolescencia en tres fases: *adolescencia temprana*, *adolescencia media* y *adolescencia tardía*, estando la *adolescencia temprana* subdividida en tres sub-fases: Pre-pubertad, Pubertad y Adolescencia Temprana propiamente dicha.

En la *adolescencia temprana* suceden cambios biológicos, psicológicos y comportamentales, donde comienza el desarrollo de las glándulas sexuales produciendo un crecimiento de los caracteres sexuales primarios y un desarrollo de los secundarios, el entorpecimiento motriz y se evidencia comportamientos desafiantes en búsqueda de límites, cuestionando las reglas y los valores (Amorín, 2008; Girard et. al., 2001).

También se produce un cambio en las interacciones con el sexo opuesto, madres, padres y el entorno, donde si bien las figuras parentales continúan siendo una fuente potencial para promover la autoestima, el círculo de pares y amistades se torna crucial potenciando la construcción de la propia identidad. A nivel psicológico se transitan una serie de duelos asociados a cambios corporales, así como relacionales con sus referentes adultos vinculados a avances y retrocesos con respecto a la dependencia. Durante este periodo la construcción de masculinidad se pone en juego a través de exhibiciones de virilidad ante el grupo de pares, siendo mayormente por la imagen corporal (Amorín, 2008; Girard et. al., 2001).

En la *adolescencia media*, el énfasis de los cambios está puesto en los procesos psicológicos, caracterizados por la necesidad de estar más tiempo solo, en privacidad, a la vez que se incrementa la apertura y preocupación por las emociones de los pares y presentan dificultades con el control de los impulsos, derivando en acciones inmediatas de pasaje al acto. Se toma conciencia de la orientación sexual, de los estereotipos de género presentes en las subculturas, estando sus mayores preocupaciones centradas en los aspectos sexuales e imagen corporal, siendo un tiempo donde comienzan a establecer relaciones de pareja (Amorín, 2008; Girard et. al., 2001).

A su vez, en la *adolescencia tardía* los cambios se producen a nivel socio-cultural, toma relevancia la búsqueda de orientación profesional y la planificación futura; mientras que desde lo psicológico la identidad se torna más firme y definida, y la independencia económica se va logrando progresivamente, conjuntamente a la autonomía social y el interés en establecer una pareja estable (Amorín, 2008; Girard et. al., 2001).

Por otra parte, cabe destacar los planteos de Oliva (2007), quien explica la presencia de una segunda poda neuronal a nivel biológico, produciéndose la eliminación del exceso de neuronas producidas para fortalecer y reforzar las neuronas más funcionales, logrando un cerebro más veloz y eficaz.

En dicho proceso influye el contexto y las vivencias del joven, evidenciando la plasticidad y desarrollo en su cerebro; continuando con la evolución de sus capacidades cognitivas, a decir, la memoria, aprendizaje complejo, lenguaje, entre otros. De allí, que los cambios en la adolescencia son expresión de las transformaciones neuronales, que continúa modificándose y madurando hacia su conformación en la vida adulta (Oliva, 2007).

En este sentido, los lóbulos frontales son el área cerebral que más tarda en conformarse, adquiriendo su maduración entre los veinte y treinta años del sujeto, siendo las responsables de integrar toda la información de el mismo, así como el razonamiento, lo que implica un rol importante en la coordinación de toma de decisiones complejas, el control de los impulsos y la capacidad de tener en cuenta diversas opciones y consecuencias, teniendo en la adolescencia media más capacidad de pensar en forma abstracta (Oliva, 2007).

En consonancia, es el responsable de procesos cognitivos complejos, las llamadas funciones ejecutivas, siendo operaciones mentales dirigidas hacia un fin que permiten el control conductual, es decir, posibilitan que podamos elegir, planificar y tomar decisiones voluntarias y conscientes (Oliva, 2007).

I.4. Adolescencias y masculinidades

Los movimientos feministas propiciados en los años setenta, motivan los estudios iniciales orientados en la comprensión de la masculinidad, planteada en término de valores esperables centrados en el deber ser, el ser y el hacer de los hombres. De allí, que se evidencien los cambios de los varones como consecuencias a las transformaciones de la mujer, siendo la revolución más dramática: las transformaciones del rol de las mujeres (Amorín, 2016).

El género es entendido como “las expectativas sociales sobre cómo se debe comportar cada sexo y en los atributos que se asignan a lo masculino y a lo femenino” (Girard et. al., 2001, p.11), siendo de carácter relacional, por lo que la modificación de una categoría conlleva transformaciones en la otra.

Asimismo, el género es dinámico y supone una construcción interactiva con las prácticas sociales e institucionales, donde los cambios que se producen en la sociedad repercuten en las relaciones sociales de género y en la construcción de la propia masculinidad y feminidad. De allí que, la perspectiva de género permite cuestionar mandatos y representaciones naturalizadas en torno a las mismas, así como aporta explicaciones a las desigualdades existente entre mujeres y varones (Girard et. al., 2001; Faur, 2004).

Con respecto a los mandatos Aguirre y Güell (2002) plantean que

no son naturales sino históricos, culturales, psicosociales y relacionales. Su origen puede rastrearse en el ámbito de las principales relaciones primarias del adolescente: el sí mismo, la mujer, la familia, los pares. Si bien cada sociedad y cada época definen esas relaciones de manera distinta, la construcción de la masculinidad es inseparable de ellas. (p.13)

Por tanto, las masculinidades se construyen, aprenden y ponen en práctica en un contexto cultural, social, económico e histórico en particular, que se forjan a lo largo de la vida de los hombres, y se encuentran transversalizadas por factores individuales, relacionales y contextuales (Faur, 2004).

Bonino (2003) sostiene que si bien no existe una masculinidad universal, si asistimos a una predominancia en las sociedades de la *masculinidad hegemónica*, la que se construye y produce sobre un conjunto de creencias y normas acerca de las relaciones existentes entre varones y mujeres, que jerarquizan una estructura de dominio y autoridad por parte de la figura masculina; teniendo sustento en la cultura e ideología patriarcal (Bonino Citado en Fernández, 2018).

Los estudios de género visibilizan cómo la masculinidad hegemónica produce vulnerabilidades también a los propios hombres y su entorno más próximo, a decir, mujeres y niños/as, siendo característico un escaso involucramiento en la crianza de sus hijos/as. Asimismo, se dificulta el adecuado procesamiento de sus emociones y establecimiento de

vínculos adecuados con las personas próximas por temor a expresarse y verse débil (Connell, 2003).

Las masculinidades poseen diversas características, a decir, *heterogénea*, a pesar de que existen instituciones que fomentan la construcción social de la Masculinidad Dominante, por ejemplo en el marco de los deportes, el mercado laboral y el Estado (Connell, s.f; Bourdieu, 1998, citados en Faur, 2004). En la diversidad de hombres, es posible encontrar una heterogeneidad de masculinidades que transitan entre algunas más tradicionales y otras más igualitaria, revistiendo ambas construcciones *dinámicas* que pueden variar según donde vivan los hombres y mujeres, además de sus niveles educativos y económicos (Faur, 2004).

Por su parte, la necesidad de la reafirmación constante, supone el reconocimiento social de ciertos rituales que los adolescentes varones han de transitar, en algunos casos, acompañados o guiados por otros hombres o grupo de iguales. Gilmore (2008, citado en Faur, 2004) plantea la existencia del triángulo de las tres P: *proveer, proteger y procrear* como mandato básico para la reafirmación de la masculinidad.

Fuller (2003) sostiene la importancia que cobran los grupos de amigos, en tanto es donde los adolescentes pueden compartir entre pares aspectos de la cultura masculina, como por ejemplo la competencia entre ellos, la afirmación sexual y la anulación del sexo femenino. También valorarán en estos grupos los rasgos viriles de fuerza, valentía, poder y rebeldía ante las reglas y los adultos. Asimismo, se establecen reglas implícitas en torno a la masculinidad, sintiendo por momentos los adolescentes la presión de realizar ciertas conductas para formar parte y no quedar marginado ni etiquetado como femenino y débil.

Otros de los ritos es la adquisición de autonomía y la iniciación sexual, aunque es raro que actualmente los varones adolescentes tengan su debut, revistiendo la particularidad de iniciarse sexualmente de forma temprana y sin estar seguros, dando como resultado una diversidad de experiencias que oscilan entre lo agradable hasta lo traumática (Girard et. al., 2001), que pueden verse atravesadas por la masculinidad dominante, reportando una imagen caracterizada por el ser valiente, fuerte y temerario.

Olavarría (2003) destaca como los ámbitos en los cuales convive el varón durante su desarrollo transmiten y replican ciertas concepciones sobre la masculinidad, siendo en la adolescencia donde los jóvenes comienzan a vivenciarla de forma más explícita en su

cuerpo y en las relaciones con los distintos géneros, donde en tiempos actuales se evidencian fuertes cuestionamientos a las concepciones imperantes y fundamentadas sobre la base de masculinidades hegemónicas.

El despliegue de las masculinidades tanto en el ámbito privado como público, muestran ciertos movimientos que llevan a cambios progresivos en los varones respecto a su involucramiento en las tareas cotidianas de cuidado, donde los padres-varones-jóvenes se cuestionan su rol, funcionalidad y ejercicio parental en un marco diverso de configuraciones familiares, siendo reflexivos en el compromiso afectivo puesto en juego en la crianza de niños/as (Girard et. al., 2001; Faur, 2004).

I.5. Desafíos de las Paternidades adolescentes

Los estudios sobre la paternidad adolescente en América Latina y concretamente en Uruguay se inician a partir del 2000, mientras que en Europa y Estados Unidos dichos estudios se remontan a los años ochenta y noventa (De Martino, 2014). La mayoría de las investigaciones sobre sexualidad y reproducción están enfocadas en las adolescentes, aunque poco a poco en los últimos años se está estudiando sobre la temática desde la perspectiva masculina.

Actualmente en América Latina coexisten tres tipos de paternidad, a decir, la *paternidad tradicional*, centrada en una clara división de sexos, otorgándole al hombre la tarea de proveer recursos económicos y disciplina a los miembros de la familia, siendo el funcionamiento propio de un contexto sociocultural patriarcal; donde a las mujeres se les asigna y asumen el rol del cuidado y educación de los hijos/as (Ortega, Castillo y Centeno, 2005).

Por su parte, la *nueva paternidad* surge a partir de nuevas construcciones de masculinidades, que se cimentan en la base del reconocimiento de una equidad entre los géneros, donde confluyen las funciones del sustento económico y la participación activa en la crianza de los hijos/as, conforme a los consensos establecidos entre los miembros de la pareja parental (Ortega et. al., 2005).

El tercer tipo de paternidad se encuentra en el punto medio entre el modelo tradicional y la nueva paternidad, siendo caracterizada por una visión de sujetos que a lo largo de sus vidas, va incorporando o desechando aspectos de los distintos modelos de paternidad/maternidad existentes en su entorno (Ortega et. al., 2005).

Fuller (2000, citado en Aguayo y Kimelman, 2012) plantea la paternidad como:

Un campo de prácticas y significaciones culturales y sociales en torno a la reproducción, al vínculo que se establece o no con la progenie y al cuidado de los hijos. Este campo de prácticas y significaciones emergen del entrecruzamiento de los discursos sociales que prescriben valores acerca de lo que es ser padre y producen guiones de los comportamientos reproductivos y parentales. Estos últimos varían según el momento del ciclo vital de las personas y según la relación que establezcan con la co-genitora y con los hijos y las hijas. Asimismo, estas relaciones están marcadas por las jerarquías de edad, género, clase, raza y etnia. (p.9)

Se evidencian tres momentos influyentes en la construcción de la paternidad, debido a su carga emocional: a) los sentimientos al enterarse del embarazo, b) la primera ecografía y c) finalmente el momento del nacimiento y primer contacto, siendo situaciones que de desarrollarse de forma adecuada, estarán contribuyendo al padre en la preparación psicológica para asumir su identidad de padre y en el desarrollo del vínculo con su futuro hijo/a y pareja (Nieri, 2015).

Ahora bien, a lo que paternidad adolescente se refiere, los distintos estudios realizados sobre la paternidad coinciden en que se trata de un periodo del desarrollo de marcada vulnerabilidad, que requiere de la proximidad de otros adultos que acompañen la diversidad de cambios que los jóvenes han de transitar.

En contexto sociopolítico e institucional la reproducción en edades tempranas es conceptualizada y abordada conforme la díada madre-hijo/a, marcando una priorización de la mujer y la primera infancia, siendo poco integrado la figura del padre/varón, carente de información y reconocimiento de sus voces y vivencias, provocando en los padres adolescentes desorientación y falta de apoyo (Aracena y Cruzat, 2006).

Cardoso (1998, citado en Anabalón, Cares, Cortés y Zamora, 2011) destaca que el silencio existente en la sociedad sobre la paternidad en los jóvenes es una forma perversa de

anularla y de legitimizar dicha ausencia, debido a que este silencio dificulta al adolescente la posibilidad de poder pensar, prevenir o asumir su condición de padre.

La paternidad en los adolescentes se puede significar de dos maneras: a) freno y obstáculo en el proyecto de vida o b) solución y motivación del mismo, donde respectivamente, por un lado se vinculan como un problema social, de salud y económico, mientras que por otro encontramos adolescentes que le otorgan un significado diferente; siendo para los jóvenes de menos recursos económicos vivirla como una forma de construir un futuro en sus vidas. De allí que, el concepto de proyecto de vida es central para conceptualizar la paternidad adolescente (Aracena y Cruzat, 2006).

Botero y Castrillón (2015) explican que para los adolescentes la paternidad inicia cuando se enteran del embarazo. Los futuros padres comienzan a cuestionar su capacidad para asumir el rol de padre, imaginan y fantasean sobre lo que implica ser padres, las responsabilidades que ello conlleva; construyendo su paternidad desde el hacer, en base a la experiencia como hijo, tomándola como modelo de referencia para imitar o repensar las prácticas de su padre y construir el ejercicio de la propia paternidad.

La noticia de la paternidad produce cambios psicológicos y de comportamiento en el adolescente y en la familia. Botero y Castrillón (2015) indican que según el vínculo existente entre los miembros de la familia habrá variedad en cuanto a las reacciones, donde la familia paterna suele adaptarse más rápidamente a la noticia que la familia materna.

El apoyo, afecto y guía del núcleo familiar, organización o institución, permite al joven padre adaptarse de manera más adecuada a su nuevo rol, evitando quedar paralizado ante los primeros sentimientos producidos por la noticia del embarazo (Rodríguez, 2009; De Martino, 2016), en tanto ofician como base segura para la acción y organización de la nueva etapa.

Aracena et. al., (2001) plantean a partir de sus investigaciones que los padres adolescentes necesitan reunirse con otros jóvenes en su misma situación para poder desahogarse, compartir y aprender de otras experiencias; asimismo los autores resaltan la reducida existencia de estas instancias y espacios.

A nivel social, todavía existe e impera una responsabilidad del embarazo adolescente a la madre, siendo en la generalidad de las situaciones, su familia quien asume el compromiso

de cuidar a la joven, permaneciendo en ocasiones el varón ajeno a decisiones vinculadas a su hijo/a (Aracena y Cruzat, 2006).

Con respecto a la relación de pareja, los padres adolescentes “la consideran la base del bienestar de su hijo” (Aracena et. al., 2001, p.119), debido a ello es relevante tener en cuenta que esta relación transita por cambios luego de la noticia; en algunos casos la relación se consolida con la convivencia tras el nacimiento, mientras que otros optan por separarse debido a dificultades para incluir a los adolescentes varones en las decisiones con respecto al hijo/a, conflictos en el ámbito de la sexualidad y en algunos casos falta de comunicación (Aracena et. al., 2001).

Por su parte, Girard et. al., (2001) mencionan que en lo que a la pareja refiere, “es importante destacar que el rol de padre no se desenvuelve sólo o aislado del madre, donde una buena relación favorece la relación con su hijo/a” (p.93). Asimismo, Furstenberg (1980), Levandowski y Piccinini (2004) plantean que la madre adolescente adquiere gran importancia en la habilitación al padre adolescente, respecto del lugar a asumir y que le corresponde (citados en De Martino, 2016).

De Martino (2016) y Aracena y Cruzat (2006) plantean que la paternidad en los adolescentes puede ser comprendida para los jóvenes como una forma de demostrar su virilidad y constituirse como hombres, además de adquirir socialmente un status de adulto.

La paternidad se presenta como una experiencia ambivalente para los adolescentes, en la medida que permite al padre adolescente reafirmar su masculinidad, mientras tanto se contraponen a algunas características evolutivas propias (ser irresponsable y libre) (Girard et. al., 2001; Aracena y Cruzat, 2006; Botero y Castrillón, 2015).

Por su parte, Aracena y Cruzat (2006) mencionan que la paternidad adolescente puede presentar dificultades en la asunción del lugar de padre, ligadas al imaginario social existente sobre el padre adolescente, la poca información y apoyo con respecto a la paternidad, la falta de trabajo e ingresos económicos vinculados a la dependencia, temprana edad e inmadurez, sumado en algunos casos a un vínculo negativo con las familias. Ahora bien, como contracara sostienen que la paternidad ayuda a los adolescentes a madurar y adquirir responsabilidades, brindándoles la oportunidad de contar con proyectos a futuro vinculados a los cuidados y motivación para avanzar, lo que genera

mayor compromiso con la pareja parental y promueve afectos, adquiriendo socialmente un nuevo estatus y rol.

I.6. Hacia la corresponsabilidad en los cuidados de niños/as

Estudios en Latinoamérica dan cuenta de la participación de los adultos en la crianza, coincidiendo en que el cuidado se piensa de manera diferente según el género, donde las mujeres/madres asumen el cuidado directo, estableciendo un vínculo afectuoso con el bebé, mientras que en los varones/padres predomina la idea de que puedan asegurar económicamente que los menores sean cuidados (Batthyány, Genta y Perrotta, 2012).

Progresivamente en los últimos años, asistimos a nuevos discursos que propician ciertos cambios en lo privado del hogar con respecto a roles parentales; una división más equitativa que tiene por objetivo materializar un ejercicio parental corresponsable (Aguayo, Barker y Ekimelman, 2016).

Tal corresponsabilidad en los cuidados se logra cuando mujeres y varones asumen el deber y compromiso de criar a niños/as, involucrándose ambos por igual con el desarrollo y bienestar infantil. Batthyány et. al. (2012) definen el cuidado como la

acción de ayudar a un niño o a una persona dependiente en el desarrollo y el bienestar de su vida cotidiana. Engloba, por tanto, hacerse cargo del cuidado material que implica un *trabajo*, del cuidado económico que implica un costo *económico*, y del cuidado psicológico que implica un *vínculo afectivo, emotivo, sentimental*. (p.11)

En Uruguay, las estrategias desplegadas respecto al cuidado de niños/as, dan cuenta de una mayor presencia femenina, datos que se ratifican en la etapa adolescente, donde la Encuesta Nacional de Adolescencia y Juventud (ENAJ) plantea que el 44,2% de las adolescentes y jóvenes femeninas llevan a cabo cuidados, mientras que en el caso de los varones son el 27,5%. Asimismo, varios estudios en torno al cuidado y al género demuestran que los jóvenes son quienes menos solicitan las licencias parentales, reduciendo el tiempo de la participación en el hogar (Curbelo, Santa Cruz y Sosa, 2017).

Por su parte, en lo que a la calidad del cuidado se refiere, se visualiza que los adolescentes logran comprender de forma adecuada las necesidades del niño/a, en tanto asemejan a la edad suya, pero a su vez les implica un doble esfuerzo, ayudar a crecer a sus hijos mientras ellos aún están creciendo (Girard et. al., 2001).

Girard et. al. (2001) plantean que en algunas culturas la poca participación paterna en el cuidado de los niños se relaciona con las creencias presentes en la sociedad y una organización desigual de género. Desde allí que, la ausencia se ha de analizar teniendo en cuenta cómo se vinculan diferentes factores; la relación de pareja y familiar, la situación económica y de trabajo, aspectos personales y sociales.

En consonancia, Güida, Martínez, Salles y Scarlata (2007) destacan que en Uruguay la paternidad gira en torno a la irresponsabilidad y la ausencia, en la sociedad aún no es del todo bien visto que los padres prioricen la crianza ante otras responsabilidades, esto repercute negativamente en el vínculo y en las acciones desarrolladas por los varones en el hogar. Así, cuando no asumen la responsabilidad parental se generan carencias emocionales respecto al rol paterno, las que se pondrán en juego a lo largo de la vida, particularmente en sus propias vivencias como padres, “desde las carencias materiales o afectivas vividas en su propio pasado como hijos, el varón construye una imagen de lo que es ser un buen padre” (Reyes y Garza, 2011, p.21).

Por tanto, el desarrollo de la crianza con base en una corresponsabilidad parental, exige reflexionar y modificar los roles tradicionales asignados, implicando el replanteamiento de las representaciones de género en relación al cuidado y educación de niños/as, valorándose la importancia de la participación de ambos, habilitando espacios donde mujeres y varones aportan a la construcción familiar y parental (Batthyány et. al., 2012).

I.7. Importancia del involucramiento paterno en la crianza de niños/as

Los cambios sociales y la progresiva integración de la mujer en ámbitos laborales, han modificado fuertemente el funcionamiento familiar tradicional, propiciando una diversidad de arreglos familiares para el sostenimiento del cuidado y las tareas domésticas. A ello, se suma el derecho de niños/as a compartir y ser cuidados en el contexto de una familia, donde varones y mujeres sean parte (Batthyány et. al., 2015).

Menjívar, Esquivel y Otxotorena (2002, citados por Espinoza en 2016) explican que “el concepto de involucramiento paterno en la crianza [da] cuenta de tres funciones paternas básicas: la proveeduría, la crianza y la función afectiva” (p.304), es decir, aportar las condiciones materiales, culturales y afectivas que garanticen su desarrollo.

Aracena y Cruzat (2006) sostienen desde sus estudios que los padres adolescentes desean involucrarse en la crianza de los hijos/as, resaltando la importancia de la presencia afectiva, a partir de un vínculo significativo con los adultos más próximos, proyectado sobre las experiencias gratificantes con sus propios padres y en la búsqueda permanente de modificar las prácticas poco adecuadas.

El involucramiento paterno supone una participación activa en las actividades cotidianas de la crianza implicando el reconocimiento del contexto individual, relacional y contextual del sujeto (Aracena y Cruzat, 2006; Suárez, 2015). Allí, la cultura juega un papel importante, en tanto delimita creencias y formas de ser, estar y hacer de los varones en la crianza, visualizándose según Aracena y Cruzat (2006) dificultades en poder compartir y dedicar tiempo a sus hijos/as, debido la necesidad de cumplir con su rol proveedor que se entiende relevante para el sostenimiento parental y familiar.

A su vez, se destaca la ausencia de programas y ayudas a los varones padres adolescentes, en lo que a información y apoyo se refiere para la crianza y el cuidado de los hijos/as, lo que se entiende es un derecho a garantizar por parte de las políticas públicas, resignificando el valor del binomio padre-hijo/a, así como del sistema familiar en su conjunto. De allí, que el abordaje de los factores individuales, la actitud hacia la crianza, los sentimientos con respecto a la paternidad, la confianza y la motivación con la que el padre adolescente asuma su paternidad cobran relevancia, en tanto influyen en el involucramiento de la crianza y relación con los hijos (Suárez, 2015).

Los factores relacionales refieren al vínculo existente con las personas próximas al adolescente, es decir, padres, grupo de pares y pareja, también es relevante el apoyo social. La familia desarrolla un lugar importante en el involucramiento paterno, en muchos casos son quienes apoyan a nivel económico (sobre todo familia paterna) y emocional a los adolescentes además de brindar cuidados al bebé (sobre todo las familias maternas). A su vez, en el vínculo con la familia se pone en juego la historia familiar, el tipo de vínculo con

los padres, las ideas y expectativas de las figuras adultas con respecto al adolescente y su paternidad (Suárez, 2015).

Asimismo, el grupo de amigos a través de sus propias vivencias sirven de ejemplo al padre adolescente, en tanto que pueden alentar al adolescente para involucrarse o no de manera afectiva con su hijo. Por otra parte, la relación de pareja y familia materna tienen mayor influencia en habilitar y permitir el involucramiento del padre adolescente (Aracena y Cruzat, 2006).

La participación activa del padre en el marco de la relación con su hijo/a, tiene incidencia positiva en cada uno de los integrantes de la familia, dado que puede tornarse en figura significativa para niños/as, así como sostén de la madre para el desarrollo de otras acciones que trascienden la maternidad y lo doméstico.

En relación a los niños/as, la participación del padre potencia el desarrollo psicosocial, se ve favorecido el desarrollo cognitivo, educativo y social, disminuyen los problemas de conducta y en los adolescentes hay menor enfrentamiento con la ley (Barker y Verani, 2008; Sarkadi et. al., 2008; Levtov et. al., 2015, citados en Aguayo, Barker y Ekimelman, 2016).

Ahora bien, aunque en la última década los padres/varones se evidencian más involucrados, sigue persistiendo el fenómeno de la *feminización de los cuidados*, donde las mujeres asumen rutinas de cuidados (alimentación, higiene, sueño) y los “progenitores del sexo masculino le otorgan mayor relevancia al juego, a las actividades lúdicas y al rol de consejero que a las interacciones relacionadas con el cuidado directo y la crianza” (Duarte, García y Arias, 2017, p.100).

Mundialmente y en específico a nivel país existe poca evidencia en torno al involucramiento y participación del padre adolescente en la crianza, es por ello que tener en cuenta el modelo ecológico permite comprender de manera adecuada cómo interaccionan los diferentes factores (individual, relacional y contextual) en las paternidades adolescentes.

I.8. Aportes de la Psicología en el abordaje de la paternidad adolescente

Avanzar hacia una visibilización del fenómeno supone considerar el aporte disciplinar a ejercer, en tanto profesionales de la salud comprometidos con temas de interés general y social. De allí que, la tarea del psicólogo/a se entiende en el marco de la articulación entre la salud y la educación, a los efectos de considerar lo psicoeducativo como escenario de promoción de salud.

La visión de las personas como sujeto integral implica el reconocimiento y fortalecimiento de la multidimensionalidad que lo constituye y atraviesa a los adolescentes en sus trayectos de vida, de allí que las acciones disciplinares de la Psicología puedan desarrollarse en el plano de lo individual y en lo colectivo.

En consonancia, el abordaje de la multidimensional del fenómeno puede verse enriquecido por abordajes de carácter interdisciplinarios que apunten a la combinación de acciones focalizadas y universales, a decir, la presencia de espacios de trabajo colectivo enfocados en talleres de sensibilización entorno a los derechos sexuales y reproductivos, incentivando la participación de los jóvenes y la reflexión sobre las creencias y vivencias como forma de fortalecerlos en su toma de decisiones. A su vez, en acciones más amplias y de mayor acceso, la realización de campañas de sensibilización orientadas a la prevención de embarazos, promoviendo trayectorias de vida conscientes y sostenidas por marcos familiares e institucionales seguros y confiables.

De allí que, la temática reviste la necesidad de “crear políticas específicas para los jóvenes, que recurren a nuevas y creativas formas de acercamiento, valoricen la relación entre las juventudes y los cuidados, y capitalicen las especificidades de estas poblaciones” (Curbelo et. al., 2017 p.1), siendo un campo posible para el aporte de la Psicología en la línea de las construcciones vinculares como red de base segura para la acción de los adolescentes padres. En consonancia, daría respuesta a la necesidad de apoyo por parte de los adultos, donde el acompañamiento psicosocial facilita el elaborar y avanzar en los desafíos que supone asumir la responsabilidad de la paternidad y crianza de los hijos/as.

El trabajo en esta línea apunta al cuidado de la autoestima y confianza de los adolescentes, de manera que se sientan seguros en el nuevo rol y vínculo con sus hijos/as, brindando espacios de escucha y elaboración de las experiencias, donde la narratividad toma una

dimensión sustancial en el marco de las intervenciones que buscan la expresión y elaboración de sus emociones.

Por otra parte, el habilitar intervenciones promotoras de la corresponsabilidad parental, independientemente de la situación de pareja, contribuirían a repensar el lugar de varones y mujeres en relación al hijo/a, propiciando el acompañamiento de la madre desde una cooperación y compromiso compartido con el desarrollo y bienestar del niño/a. A su vez, aportarían a desnaturalizar estereotipos y roles de género tradicionalmente imperantes en el contexto social y cultural; diferenciando lo que hace a una relación marital, de la relación parental focalizada en el vínculo con el hijo/a.

La priorización del involucramiento de ambos en la crianza como padres, se torna de relevancia en un marco de compromisos asumidos y de corresponsabilidad parental en la crianza.

II. REFLEXIONES FINALES

En el marco de futuros profesionales de la psicología se torna relevante posicionarnos de forma comprometida con temas de relevancia social, desplegando un hacer que contemple una mirada política, social y ética, como forma de atender necesidades de la sociedad que en el presente caso se centra en la *paternidad en adolescentes*. Actualmente constituye un fenómeno poco estudiado, en tanto los estudios e intervenciones se focalizan en el embarazo y maternidad adolescente, siendo una visión sesgada de los procesos atravesados por los sujetos, invisibilizando la integralidad que el mismo supone.

Se entiende relevante conocer y comprender el rol del padre adolescente desde una perspectiva ecológica (Bronfenbrenner, 1987), donde entran en interrelación características individuales, relacionales y contextuales que atraviesan el devenir del fenómeno en las poblaciones. De allí, que ha significado un aprendizaje conceptual y metodológico el aproximarnos a la temática desde un enfoque amplio e interactivo, complejizando los recursos personales con los familiares y sociales donde el sujeto se desarrolla.

En este sentido, la figura del varón/padre vinculado a la crianza se encuentra en un proceso de transición, donde se evidencian un mayor involucramiento corporal y afectivo, que reportan diversos beneficios en los integrantes de la familia, en especial en el desarrollo de los niños/as.

Si bien, ello convive con prácticas paternas tradicionales (proveedor económico), las nuevas generaciones se ven inmersas en discursos tendientes a la corresponsabilidad parental, donde la implementación de acciones interdisciplinarias contribuirían a fortalecerlos en su rol y masculinidad. De manera que, las campañas y acompañamiento psicosocial promuevan una apertura al diálogo y construcción colectiva de los adolescentes varones padres, trascendiendo la perspectiva sanitarista vigente.

El tema desarrollado en la presente monografía es relevante para la psicología y la sociedad en tanto que evidencia la escasa presencia de información al respecto, suponiendo la elaboración de una producción académica con base en conceptualizaciones generales traspoladas a la adolescencia. Desde allí, queda como aprendizaje, la necesidad de profundizar en estudios específicos centrados en los adolescentes varones/padres, de modo que contribuyan a generar políticas de acción e intervención focalizadas, compartidas para los géneros e integrales, colocando el foco en la crianza y parentalidad.

REFERENCIA BIBLIOGRÁFICA

- Aguayo, F. & Kimelman, E. (2012). *Guía para promover la paternidad activa y la corresponsabilidad en el cuidado y crianza de niños y niñas. Para profesionales del Sistema de Protección Integral a la Infancia Material de apoyo Chile Crece Contigo*. Santiago de Chile, Chile: Chile crece contigo. doi:<https://doi.org/10.13140/rg.2.1.3810.3769>
- Aguayo, F., Barker, G. & Ekimelman, E. (2016). Paternidad y Cuidado en América Latina: Ausencias, Presencias y Transformaciones. *Masculinities and Social Change*, 5 (2), pp. 98-106. doi:10.17583/MCS.2016.2140
- Aguirre, R., & Güell, P. (2002). *Hacerse hombres: La construcción de la masculinidad en los adolescentes y sus riesgos*. OPS-OMS:Copyright
- Amorín, D. (2008). *Apuntes para una posible Psicología Evolutiva*. Montevideo, Uruguay: Psciolibros-Waslala.
- Amorín, D. (2016, 24 de enero). Hombres del siglo XXI. *El País*. Recuperado de: <https://www.elpais.com.uy/domingo/hombres-siglo-xxi.html>
- Anabalón, C., Cares, F., Cortés, R. & Zamora, M. (2011). Construcción de la propia paternidad en adolescentes varones pertenecientes a liceos municipales de la comuna de La Cisterna. *Revista de Psicología*, 20 (1), pp. 53-71. Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=26420712003>
- Aracena, M. & Cruzat, C. (2006). Significado de la Paternidad en Adolescentes Varones del Sector Sur Oriente de Santiago. *PSYKHE*, 15 (1), pp. 29-44. Disponible en: <http://www.psykhe.cl/index.php/psykhe/article/view/321/301>
- Aracena, M., Undurraga, C., Gonzales, M., Cruzart, C., Kopplin, E., Benavente, A., Cameratti, C., & Silva, S. (2003). Necesidades en padres varones con parejas adolescentes. *Revista de Psicología de la Universidad de Chile*, 12(2), pp.11-125. Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=26412208>

ASSE Salud. (2017). Prevención y Atención Integral del Embarazo en la Adolescencia. Recuperado de <http://www.asse.com.uy/contenido/Protocolo-de-Prevencion-del-Embarazo-Adolescente-9671>.

Batthyány, K., Genta, N. & Perrotta, V. (2012). *La población uruguaya y el cuidado: Persistencias de un mandato de género. Encuesta nacional sobre representaciones sociales del cuidado: Principales resultados*. Santiago de Chile: CEPAL. Disponible en: <https://www.cepal.org/es/publicaciones/5846-la-poblacion-uruguaya-cuidado-persistencias-un-mandato-genero-encuesta-nacional>

Batthyány, K., Genta, N. & Perrotta, V. (2015). *Avanzando hacia la corresponsabilidad en los cuidados: Análisis de las licencias parentales en el Uruguay*. Santiago de Chile: CEPAL. Disponible en: <https://repositorio.cepal.org/handle/11362/39167>

Botero, L. & Castrillón, L. (2015). La experiencia de la paternidad en adolescentes. *Revista Virtual Universidad Católica del Norte*, (46), pp. 89-101. Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=194242285008>

Bronfenbrenner, U. (1987). *La ecología del desarrollo humano*. Barcelona, España: Paidós Ibérica.

Connell, R. (2003). Adolescencia en la construcción de masculinidades contemporáneas. En Olavarría, J. (Ed.), *Varones adolescentes: género, identidades y sexualidad en América Latina* (pp. 53-67). Santiago, Chile: FLACSO.

Curbelo, J., Santa Cruz, E. & Sosa, A. (2017). *Jóvenes, cuidados y corresponsabilidad de género: aportes para una estrategia que contribuya a la emancipación y autonomía de las jóvenes uruguayas*. EN: XVI Jornadas de Investigación: la excepcionalidad uruguaya en debate: ¿como el Uruguay no hay?. Montevideo, Uruguay: Udelar. FCS. Disponible en: <https://hdl.handle.net/20.500.12008/10772>

De Martino, M. (2014). Visibilizando la paternidad adolescente. *Prisma Social*, (13), pp. 924-943. Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=353744532024>

De Martino, M. (2016). Padres adolescentes y jóvenes: debates y tensiones. *Revista Katálysis*, 19 (1), pp. 91-99. Disponible en:

http://www.scielo.br/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1414-49802016000100091&lng=es&tling=es

Duarte, L., García, N. & Arias J. (2017). Significados paternos e involucramiento afectuoso. *Redipe*. 6 (7), pp. 98-112. Disponible en: <https://revista.redipe.org/index.php/1/article/view/281>

ENIA (2008). *Bases para la implementación 2010-2030*. Recuperado de <Http://www.anong.org.uy/docs/noticias/Documento%20ENIA%2020nov08.pdf>

Espinosa, J. (2004). Crecimiento y comportamiento en la adolescencia. *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría*, (90), pp. 57-71. Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=265019660005>

Espinoza, R. (2016). Una mirada al involucramiento paterno: participación de los hombres jefes de hogar de la Gran Área Metropolitana de Costa Rica en actividades de cuidado directo. *Estudios Demográficos y Urbanos*, 31 (2), pp. 301-329. Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=31245858002>

Faur, E. (2004). *Masculinidades y desarrollo social: las relaciones de género desde la perspectiva de los hombres*. Colombia: Arango Ediciones.

Fernández, M. (2018). *Masculinidades y mandatos del patriarcado neoliberal: una lectura psicoanalítica con perspectiva de género*. Buenos Aires, Argentina: Entreideas.

Fuller, N. (2003). Adolescencia y riesgo: reflexiones desde la antropología y los estudios de género. En Olavarría, J. (Ed.), *Varones adolescentes: género, identidades y sexualidad en América Latina* (pp. 71-83). Santiago, Chile: FLACSO.

Girard, G., Raffa, S. & colaboradores. (2001). *El adolescente varón*. Buenos Aires, Argentina: Lumen.

Güida, C., Martínez, I., Salles, G. & Scarlata, I. (2007). *De paternidades y exclusiones: El lugar de los varones en sectores de pobreza extrema*. Montevideo, Uruguay: Trilce

- Ministerio de Desarrollo Social. (2016). Plan Nacional de Primera Infancia, Infancia y Adolescencia 2016-2020. Recuperado de <http://www.claves.org.uy/web/wp-content/uploads/2014/08/Plan-Nacional-de-Primera-Infancia-Infancia-y-Adolescencia-2016-2010.pdf>
- Ministerio de Salud Pública. (2017). Estrategia intersectorial de prevención del embarazo no intencional en adolescentes. Recuperado de <https://www.gub.uy/ministerio-salud-publica/sites/ministerio-salud-publica/files/documentos/publicaciones/Estrategia%20Estrategia%20Emb%20Adol..pdf>
- Nieri, L. (2015). Construcción y validación del Cuestionario de Sensibilidad Paterna. *Psicod debate, Psicología, Cultura y Sociedad*, 15 (2), pp. 55-82. doi: <http://dx.doi.org/10.18682/pd.v15i2.534>
- Olavarría, J. (2003). *Varones adolescentes: género, identidades y sexualidades en América Latina*. Santiago, Chile: FLACSO.
- Oliva, A. (2007). Desarrollo cerebral y asunción de riesgos durante la adolescencia. *Apuntes de Psicología*, 25 (3), pp. 239-254. Disponible en: <https://idus.us.es/xmlui/handle/11441/12803>
- Oliva, A. (2011). Apego en la adolescencia. *Acción Psicológica*, 8 (2), pp. 55-65. Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=344030766005>
- Ortega, M., Castillo, M. & Centeno, R. (2005). *Masculinidad y factores socioculturales asociados a la paternidad: estudio en cuatro países de Centroamérica*. México: CEPAL.
- Reyes, D. & Garza, M. (2011). Paternidad adolescente y transición a la adultez: una mirada cualitativa en un contexto de marginación social. *Iberoforum. Revista de Ciencias Sociales de la Universidad Iberoamericana*, VI (11), pp. 1-27. Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=211019068002>

Rodríguez, E. (2009). La paternidad en el adolescente: un problema social. *Archivos Venezolanos de Puericultura y Pediatría*, 72 (3), pp. 86-91. Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=367936950003>

Salinas-Quiroz, F., Cambón, V. & Silva, P. (2015). Acompañando procesos: la iniciación educativa en la Primera Infancia. *Revista Didáctica*.

Suárez, L. (2015). *Caracterización del rol y el involucramiento en padres adolescentes: Un estudio de casos*. (Tesis de Maestría no publicada). Universidad de los Andes, Bogotá, Colombia.

Viñar, M. (2009). *Mundos adolescentes y vértigo civilizatorio*. Montevideo, Uruguay: Ediciones Trilce.